

LAS DOS DEMOCRACIAS

POR

MIGUEL PORADOWSKI

1. La democracia social y la democracia política.

La distinción entre la democracia social y la democracia política, desde el punto de vista de las ciencias políticas no tiene sentido; sin embargo, es una realidad histórica.

La «democracia social» no tiene sentido si se toma el término «democracia» según lo indica el idioma griego: el gobierno del pueblo. Sin embargo, se usa este término también en el sentido de una actitud psicológica, que se expresa en una fraternal e igualitaria convivencia social, un hecho de la psicología social evidente traído, o, más bien producido, por el cristianismo. Es la actitud nueva y exclusivamente propia de los cristianos, es decir, de la gente que sigue la enseñanza de Jesucristo, quien asumió esta actitud tratando a todos —varones y mujeres, judíos y gentiles, libres y esclavos, pobres y ricos, etc.— por igual, con todo afecto y amor, enseñándonos que todos por igual somos hijos de Dios-Padre y que todos somos llamados a compartir su felicidad eterna en el Cielo.

Antes de Jesucristo, en la convivencia humana existían diferentes «distancias sociales», separaciones y discriminaciones, las que varían según los pueblos, lugares y épocas; y las relaciones entre distintas razas, etnias, estratos, estamentos y clases sociales, siempre fueron marcadas por discriminaciones. Solo por la influencia del cristianismo, poco a poco, gradualmente, se borran estas separaciones y discriminaciones, pues, dentro de la Iglesia, todos son tratados por igual, especialmente respecto a la participación en la liturgia y en el acceso a la Eucaristía. Pues bien,

este fenómeno fue llamado por los sociólogos «democracia social» o «democratización» de la sociedad.

Esta «democracia social» es lo propio y característico del cristianismo, a pesar de que, con el correr del tiempo, llegó a manifestarse también entre los no cristianos, pero siempre por la influencia del cristianismo.

Recordemos que también en las Américas, especialmente allí donde primeramente llegaron los españoles y los portugueses, se manifestó esta «democratización» en la convivencia entre los conquistadores y los pueblos indígenas, lo que ha permitido los matrimonios mixtos y una convivencia fraternal, incluso entre los libres y los esclavos negros, traídos de África, como ha ocurrido en el Brasil.

Ahora bien, no hay duda de que esta «democracia social», como proceso sociológico de fraternización, también contribuyó a la introducción de la «democracia política», es decir, de un sistema de gobierno con participación del pueblo, pues influyó en el proceso de la «homogeneización» de la población, transformándola en un solo «pueblo», el sujeto de la vida política democrática, es decir, en un pueblo que ya no es solamente gobernado, sino que en cierto modo se gobierna a sí mismo, adaptando los sistemas de gobierno que considera más convenientes.

En nuestros tiempos, fuera del factor del cristianismo, el factor religioso fomentado por la Iglesia, actúan también en este proceso de «democratización» muchos otros factores, como, por ejemplo, el sistema educativo, el servicio militar, la empresa, es decir, la convivencia diaria de las personas de distintos niveles culturales comprometidas en el proceso de un trabajo productivo: el deporte, las distintas organizaciones y asociaciones, clubes, etcétera. Lo importante es que este proceso de «democratización», como fraternización, sea consciente, deseado y buscado.

Sin embargo, desgraciadamente, en nuestros tiempos actúan también otros factores contrarios, los que dificultan este proceso positivo de fraternización, como es el caso de la influencia de algunas ideologías que siembran el odio, el conflicto y la división, en lo cual se destaca el racismo y, especialmente, el mar-

xismo, este último con su teoría de la lucha de clases y con su dialéctica de la lucha de los opuestos, fomentando artificialmente todo tipo de conflictos, en todos los ambientes y llevando a algunos países a las luchas fratricidas, al terrorismo, a las guerrillas y a la guerra civil, como ocurre en este momento especialmente en África y en toda América Central, además de Colombia y Perú.

Pues bien, lo que nos interesa es subrayar la importancia de la democracia social como base de la democracia política, pues es difícil llegar a una efectiva democracia política sin la previa democratización.

Recordemos, también, que es precisamente durante la Cristiandad, es decir, en los tiempos de la Edad Media cristiana europea, que la «democracia social» fue una realidad plenamente realizada dentro del sistema feudal del mutuo servicio y dentro del sistema corporativo, lo que permitió al pueblo una participación efectiva y real en los «cuerpos intermedios», es decir, una democracia política eficiente, permanente y directa de cada uno donde le correspondía, dentro del régimen monárquico.

Y si se quiere actualmente llegar a la «democracia plena» tiene que, primeramente, preocuparse por la plena realización de la «democracia social», es decir, llegar a una convivencia fraternal y solidaria entre todos los estratos y estamentos, entre todos los grupos, entre todas las personas, lo que no es posible sin la previa eliminación del marxismo, el cual, siendo una ideología del odio, de la envidia, de la lucha de clases, destruye toda la convivencia humana fraternal e imposibilita la realización de la democracia social.

2. La democracia como un sistema de gobierno y la democracia como ideología e, incluso, como religión.

La democracia como un régimen exclusivamente político, es decir, como un sistema de gobierno, es muy antigua, y se da en una extraordinaria variedad de modelos, empezando por la democracia directa en algunas pequeñas ciudades-Estados de la anti-

gua Grecia y, especialmente, en la antigua Roma, según la conocida fórmula «*Senatus populusque romanus*». Se encuentran algunas formas en la Edad Media, siendo más bien reducidas a la elección del gobernante por el pueblo y a la participación directa dentro de los gremios y de las corporaciones. Es representativa en los Parlamentos de algunos Estados europeos, alcanzando distintos tipos de elecciones de los representantes de las comunas, corporaciones y «estados» (la nobleza, el clero y la burguesía), y siendo —hasta la lucha por la independencia de las colonias inglesas en Norteamérica y hasta la Revolución francesa— plenamente incorporada por la monarquía. Incluso después de estos acontecimientos sigue presente en muchas monarquías hasta hoy día, pues no es para ella necesario adoptar el régimen republicano; además, a veces, algunas monarquías europeas también se han llamado oficialmente «repúblicas». Bastaba que en algún país el «pueblo» —el cual, en la mayoría de los casos, hasta el siglo XVIII, en realidad se reduce solo a la nobleza— tenga algún grado de participación en la vida política, sea por la elección de gobernante, sea por la participación en la elaboración de las leyes y en la fiscalización de sus aplicaciones, para que algún Estado, monárquico o republicano (1), pudiera ser reconocido como democracia. Es solo en el siglo XIX cuando aparecen, en algunos países, los actuales partidos políticos y, en estos casos, la democracia se identifica con la partitocracia.

Así, en pocas palabras, se presenta la democracia política hasta el siglo XIX, siendo siempre exclusivamente un sistema de gobierno, el cual, a veces, resulta ser un sistema de desgobierno, como lo es el caso de Polonia del siglo XVIII (2).

Este corto resumen de la «historia» de la democracia políti-

(1) El «presidente» en el sistema republicano solo reemplaza al rey del sistema monárquico y, en el sistema «presidencial» republicano significa, lingüísticamente, lo mismo que la monarquía: el gobierno de uno.

(2) El caso de Polonia del siglo XVIII es muy ilustrativo, pues, por la «democracia» se entendía la unanimidad en las votaciones parlamentarias (*liberum veto*), lo que casi nunca se lograba y, en consecuencia, vino el desgobierno con los «repartos» y la pérdida de la independencia.

ca (desde luego muy superficial y simplificado) se incluye aquí solo para recordar que la democracia política es esencialmente un sistema de gobierno, con una extraordinaria variedad de modelos, que compiten entre sí y reclamando cada uno de ellos ser la «democracia auténtica y verdadera».

Desgraciadamente, desde el siglo XVIII, si se trata de Europa, la democracia política, en muchos casos, dejó de ser solamente un sistema de gobierno y tomó el carácter también de ideología primero y de religión después. Se empezó a vincular el concepto de democracia con las ideologías, especialmente con el liberalismo y con el individualismo. Además, estas ideologías, actuando en un ambiente ya profundamente descristianizado, pero en el cual los valores cristianos seguían todavía vigentes, a pesar de estar cortados de sus raíces bíblicas, se concentran en el hombre y contribuyen al abandono de la tradicional cosmovisión cristiana teocéntrica y a la introducción, en su lugar, de la cosmovisión antropocéntrica. En el siglo XVIII, si se trata de la Europa Occidental, se piensa cada vez menos en Dios y cada vez más en el hombre, hasta llegarse a un deísmo, como en Inglaterra, en el cual no se niega la existencia de Dios, sino que se hace caso omiso de El, reclamando una plena autonomía para el hombre, especialmente en su vida política y económica, sea a un ateísmo, como en algunos ambientes en Francia y en Alemania, negando la existencia de Dios y colocando al hombre en el lugar de Dios, llegando hasta a la deificación del hombre, es decir, a un repugnante paganismo, en el cual el hombre se adora así mismo, lo que se manifestó plenamente durante la segunda fase de la Revolución francesa.

Pues bien, esta deificación del hombre se vincula directamente con la democracia política, la cual, para muchos, toma carácter de religión laica y atea: el culto del hombre y del «pueblo». Durante la segunda mitad de la Revolución francesa este culto del hombre y del «pueblo» se expresa en fiestas y celebraciones «litúrgicas» que reemplazan a la tradicional religiosidad cristiana.

Así, la democracia se transformó en una religión, en la cual

lo político (el sistema de gobierno) y lo religioso se mezclan, formando una fe laica democrática; la democracia llega a ser lo sagrado, lo absoluto, un ídolo pagano del mundo contemporáneo. Es el caso especialmente de Francia, pero con repercusiones e influencias también en otros países.

En los Estados Unidos la democracia llegó a ser un valor supremo, el sentido y el «sabor» de la vida, un imperativo de toda la cultura y de la política, especialmente de la política exterior. La América del Norte se compromete a extender su democracia a todo el mundo; pretende imponer su propio modelo, *volens volens*, a todos los países. Se trata de una especie del mesianismo político-religioso. Huelga decir que este mesianismo democrático justifica perfectamente a los ojos de los norteamericanos cualquier injerencia en los asuntos internos de otros países.

Nos encontramos, entonces, frente a las dos democracias: una, como un simple sistema de gobierno, de distintos tipos y modelos, y otra, sea como una ideología, sea como un valor supremo, sea como una religión pagana, que pretende reemplazar al cristianismo y a otras religiones que adoran a Dios trascendente.

La primera democracia, es decir, la democracia como sistema de gobierno —desde el punto de vista de la Doctrina Social de la Iglesia— puede ser a veces aceptada y asumida, mientras que la segunda, la democracia-valor supremo, la democracia-ideología y, especialmente, la democracia-religión, para los cristianos solo merece el más categórico repudio.

La democracia-ideología raras veces se mantiene en las dimensiones aceptables para los cristianos, pues siempre se basa en el antropocentrismo y, frecuentemente, en el inmanentismo, demostrando las intenciones de identificarse con la *Civitas mundi*, opuesta a la *Civitas Dei* (usando la terminología de San Agustín).

La democracia-valor supremo es inaceptable, pues hay muchos valores más importantes: Dios, la fe, la Iglesia, el matrimonio, la familia, la patria, la nación, el Estado, la verdad, la libertad, etcétera.

La democracia-religión es una insensatez, una locura, un crimen, un pecado gravísimo contra el primer mandamiento de Dios.

«La filosofía política católica está fundada en el principio de la trascendencia del poder, es decir, que todo poder viene de Dios y el gobernante gobierna en el nombre de Dios y por el mandato divino, como lo dice San Pablo: «*non est potestas nisi a Deo*» (Rom. XIII, 1), recordando la enseñanza del Antiguo Testamento: «*per me reges regnant et legum conditores iusta decernunt*» (Prov. VIII, 15). Por eso, el obedecer a la autoridad y al poder de otro hombre no viola la libertad humana, ni a la dignidad de la persona humana, pues, al fin y al cabo, se obedece solo a Dios, a quien este hombre representa.

Sin embargo, este principio, que fue respetado en las sociedades cristianas hasta la Revolución francesa (1789-1799), es ya atacado y debilitado por las ideologías del Renacimiento, ante todo por Marsilio de Padua y por Maquiavelo y, después, en Francia, por Jean Bodin, quien vuelve al principio bizantino (pues llegó a Roma desde Bizancio) de Ulpiano: «*quod principi placuit legis habet vigorem*». Mas, es solo gracias a la Revolución francesa, durante la cual se impone la moda de la democracia rousseauiana, basada en el culto del hombre y en el culto del «pueblo», que estos principios paganos inmanentistas entran en vigencia y se empieza a aplicar al «pueblo», tanto el principio de Ulpiano, colocando el «pueblo» en lugar del príncipe («*quod populi placuit legis habet vigorem*»), es decir, lo que votó el Parlamento tiene valor de ley, como también las palabras de San Pablo, poniendo blasfemamente al «pueblo» en lugar de Dios («*non est potestas nisi a populo*»), llegando de esta manera al concepto inmanentista del poder, lo que condena el Papa León XIII, en las encíclicas *Humanum genus* e *Inmortale Dei* (3).

Todo país cristiano solo puede optar por la democracia como sistema de gobierno y nada más. A ningún católico sensato pue-

(3) M. PORADOWSKI: *Karl Marx, su pensamiento y su revolución*, páginas 127, 128.

de ocurrírsele que para él la democracia podría ser un valor más grande que su patria, menos todavía un valor supremo, un valor absoluto o una religión.

3. La democracia como sistema de gobierno y la democracia como una etapa hacia el comunismo.

Mucha gente se extraña de que los comunistas hablen de la democracia y que la reclamen. ¿Cómo —preguntan— pueden los comunistas reclamar sinceramente un gobierno democrático si el comunismo es incompatible con la democracia? Se supone que se trata de una farsa, de un engaño electoral para ganar votos. Sin embargo, el mismo Karl Marx, en su *Manifiesto comunista*, dice: «El primer paso de la revolución comunista es la conquista de la democracia».

Los comunistas reclaman la democracia sinceramente, pues la necesitan como una etapa, corta pero indispensable, en su camino hacia el comunismo.

Veamos por qué.

Lo esencial en el comunismo marxista es la doctrina sobre la revolución. Esta doctrina —elaborada por Marx y sus amigos revolucionarios profesionales, herederos de los comunistas de la Revolución francesa, llamados «babuvistas» (del apellido Babeuf), basada en el análisis del proceso sociológico de la Revolución francesa— estipula que, para no fracasar, la revolución comunista tiene que pasar por cuatro etapas, a saber: la etapa burguesa, la etapa democrática, la etapa socialista y la etapa proletaria.

La etapa burguesa remata el régimen tradicional, colocando a la burguesía en el poder; la etapa democrática desorganiza toda la estructura histórica de la sociedad, abriendo el camino a la etapa socialista, es decir, a la estatización completa de la vida económica y de toda la cultura, permitiendo la toma del poder, sea por un grupo de partidos manejados por el partido comunista, sea directa y exclusivamente por el partido comunista, el cual, desde arriba, desde el gobierno, «proletariza» toda la socie-

dad, es decir, quita a todos la propiedad, empezando de esta manera la última etapa de la revolución comunista, llamada la etapa «proletaria» (pues todos dejan de ser propietarios), esclavizando a toda la población, pues no hay libertad sin propiedad. Así se llega al comunismo.

Pues bien, la doctrina marxista sobre la revolución incluye como etapas absolutamente indispensables a la democracia y al socialismo y, entonces, tanto la democracia como el socialismo, se quiera o no se quiera, de hecho siempre sirven a los comunistas y les facilitan la toma del poder para realizar la revolución comunista.

¿Por qué la democracia está incluida en el proceso de la revolución comunista?

Porque todas las democracias, con muy pocas excepciones, siendo en nuestros tiempos en realidad partitocracias, son muy débiles. Esta debilidad es algo propio del sistema partidista. Casi todos los partidos, estando preocupados por ganar las elecciones, por un lado prometen al electorado lo que no piensan cumplir, lo que es una frivolidad e irresponsabilidad y, por otro lado, para financiar su propaganda electoral, de la cual dependen los resultados de la votación, con agrado reciben la plata «venga de donde venga», incluso del extranjero y de los más grandes enemigos del país. No es el caso solamente de algún país, es más bien una costumbre general actualmente (solo Inglaterra tiene una legislación efectiva que impide el soborno y las coimas).

Es sabido que, al respecto, muchos dirigentes de los partidos políticos pierden por completo la vergüenza y, entonces, son unos... lo que facilita enormemente la tarea al partido comunista —el cual dispone de fondos casi ilimitados, los que recibe desde Moscú—, el cual aprovecha esta situación sobornando a quienes considere conveniente.

Sin embargo, lo más importante es que prácticamente solo el partido comunista, por regla —pues es una exigencia de sus estatutos— infiltra con su gente a todos los partidos políticos, y lo hace con gran experiencia y, por endé, con gran eficiencia.

Frecuentemente estos infiltrados llegan incluso a los puestos directivos de los otros partidos.

Además, en muchos casos, debido principalmente a los factores mencionados (el soborno y la infiltración), el funcionamiento del sistema democrático-partitocrático es muy ineficiente, y muy a menudo termina en un caos y desorden, que facilitan la subversión y el proceso de la revolución marxista-comunista.

Así, cada democracia, de hecho y casi siempre, puede ser manipulada por los comunistas como una etapa hacia el comunismo, según las tácticas de la doctrina marxista-leninista y, especialmente, según el principio de Lenin, de «dos pasos adelante y uno atrás», lo que permite siempre avanzar hacia el comunismo.

Uno de los principios básicos de cada régimen democrático es la ilimitada libertad de expresión, que abarca no solamente la prensa, sino todos los medios de comunicación (radio, televisión, etcétera) y que, además, se extiende al teatro, cine, recreación, etcétera, lo que el partido comunista aprovecha de inmediato, poniendo a estos medios de comunicación y expresión al servicio de su acción subversiva y revolucionaria.

El partido comunista más fácilmente logra sus objetivos en el caso de ser legalizado, como todos los otros partidos políticos, lo que es un absurdo, pues el partido comunista es solamente la sección local del partido comunista único mundial soviético con sede en Moscú, siendo el instrumento del imperialismo de la Unión Soviética y de la revolución comunista mundial; no representa los intereses de algún sector del país en el cual actúa, sino exclusivamente los intereses políticos y económicos de la Unión Soviética. Su objetivo principal es transformar el país donde actúa en colonia de la Unión Soviética, por lo cual cada miembro de este partido es, por definición, traidor a su patria.

Esta situación justifica plenamente el deseo de defender a la democracia de sus enemigos, y así nace la idea de una «democracia protegida». Esta preocupación, por ejemplo, se expresa en Chile, incluso en la Constitución de 1980, donde se prevén varias medidas al respecto. Sin embargo, por muy adecuadas que sean, van a quedar sin efecto si toda la ciudadanía del país no

tiene plena conciencia de este peligro. Solo con el respaldo de todos los ciudadanos bien nacidos pueden estas medidas salvar la democracia del peligro de ser manipulada por los marxistas como una etapa hacia el comunismo.

¿Puede algún país, en su afán de proteger a la democracia, contar con la comprensión de parte de las grandes democracias del mundo, como lo son los Estados Unidos, Inglaterra, Francia y Alemania? Seguramente, no. Y, ¿por qué? Porque la realidad histórica demuestra que estas grandes democracias son las responsables de todos los triunfos de la revolución marxista-comunista en el mundo. Gracias a ellas el comunismo fue instalado en Rusia en 1917, al final de la primera guerra mundial, y fueron ellas las que, al final de la segunda guerra mundial, entregaron al imperialismo soviético a Polonia, a Lituania, a Letonia, a Estonia, a Rumania, a Bulgaria, a Checoslovaquia, a Yugoslavia, a la mitad de Alemania, a China, a Vietnam, a Camboya, a Cuba, a Nicaragua y a muchísimos países africanos, casi a la mitad de la población del mundo. En ninguno de estos países los comunistas llegaron al poder por sus propias fuerzas, siempre llegaron gracias al régimen democrático, previamente impuesto a estos países por las grandes democracias y gracias al siguiente apoyo dado a los comunistas por parte de estas mismas potencias democráticas.

Todos los países que actualmente tienen gobiernos comunistas son víctimas de la democracia como una etapa hacia el comunismo, pues en cada uno de estos países se instaló, primeramente, la democracia que desde un principio fuera planeada solo como una corta etapa dentro del proceso de la revolución marxista-comunista, y las grandes potencias mencionadas la han manipulado de tal manera que resulte ser, efectivamente, solo una corta etapa hacia el comunismo. Así ha ocurrido en todos los países que hoy día están suzuzgados por el comunismo. Ningún país ha llegado a ser comunista por sí mismo o por sus problemas interiores; todos fueron víctimas de una conspiración mundial llevada a cabo por las grandes democracias.

Actualmente se dispone al respecto de una documentación

irrefutable y fácil de presentar (lo que no vamos hacer por el momento, pues eso ya no cabe dentro de este artículo). Solo podemos aquí, y ahora, recordar en pocas palabras lo que ha ocurrido con el país que fue escogido como la primera víctima del comunismo: se trata de Rusia.

Rusia, en vísperas de la primera guerra mundial, fue primera potencia, con excelente situación económica; su rublo de oro era la moneda mundial, como lo es actualmente el dólar. Rusia entra en la guerra para cumplir con sus compromisos con sus aliados, atacados por Alemania y, en consecuencia, Alemania tiene que luchar en dos frentes: occidental y oriental, dándose de inmediato cuenta de que eso es imposible, y por esto recurre a un grupo de los revolucionarios profesionales comunistas, que vivían en Suiza, y los contrata para que hagan la revolución dentro de Rusia. Así, el grupo de gansters políticos internacionales recibe astronómicos fondos del gobierno alemán y todo tipo de apoyo logístico (armas, municiones, medios de transporte, imprenta, papel para imprimir el material subversivo, etc.), los que en tres años revuelven todo el país, paralizándolo con huelgas, terrorismo, manifestaciones en las cuales se reclama la paz inmediata sin condiciones.

Los dirigentes de los partidos democráticos, nacionales y liberales, siendo sobornados, se ponen al lado de los revolucionarios; la subversión penetra en las tropas. Como los soldados son casi todos campesinos, la propaganda comunista les promete la paz y la distribución de tierras, logrando que muchos de ellos abandonen las filas y se junten con los revolucionarios. Al mismo tiempo se culpa al Zar de todas las desgracias. Los políticos demócratas exigen la abdicación del Zar, quien, siendo abandonado por el ejército, renuncia y viene el gobierno democrático de Kerensky y la revolución de febrero de 1917; se impone la democracia que resulta ser una etapa hacia el comunismo, así llamado el kierenskismo, el modelo de una democracia al servicio de la revolución comunista, la cual dura solo poco más de siete meses y entrega todo el poder a los comunistas. Viene el espantoso terror, paredón, campos de concentración, ejecuciones en

masa, la miseria; más de 65 millones de personas han perdido la vida y los demás son esclavos de los comunistas hasta hoy día.

Cuando terminó la guerra, el mismo gobierno alemán que organizó la revolución comunista en Rusia, espantado por lo que pasaba allí, propuso la iniciativa de formar un gran ejército europeo, encabezado por el militar francés Foch, para reconquistar a Rusia de las manos de los comunistas, es decir, del gangsterismo internacional y para defender en ella a la democracia; sin embargo, los aliados, es decir, los Estados Unidos, Inglaterra y Francia se negaron, declarando que Lenin y su gente eran demócratas. Así, Rusia fue entregada por las grandes democracias al comunismo, es decir, al gangsterismo internacional.

Casi lo mismo ha ocurrido con todos los otros países, víctimas de la revolución comunista, siempre apoyada por las grandes democracias, principalmente por los Estados Unidos (4).

Actualmente, por ejemplo en Chile, en vísperas del plebiscito, todos son testigos de cómo las grandes democracias: Estados Unidos, Francia, Alemania Occidental (sin hablar de la Oriental, la que, a pesar de ser comunista, lleva el nombre de «democrática»), Italia, España postfranquista, Holanda, etc., financian y apoyan a los partidos políticos marxistas e incluso marxistas-leninistas, clasificándolos como «democráticos». Y, seguramente, van a seguir haciéndolo también durante las siguientes elecciones parlamentarias, y todo eso, como siempre, en el nombre de la democracia.

Resumiendo este «problema de la democracia», conviene subrayar que hay dos democracias, que se dan en distintos «planos». En primer lugar, una política y otra social; la previa realización, al menos hasta algún punto, de la social condiciona las posibilidades de realización de la política.

En segundo lugar se dan las dos democracias políticas, una limitada solo al sistema de gobierno, con gran variedad de modelos, y la otra que se identifica sea con las ideologías, sea con los

(4) Mayores detalles y referencias a la correspondiente documentación en mi libro *Karl Marx, su pensamiento y su revolución*.

valores, sea incluso con la religión y con el culto pagano del hombre, que pretende reemplazar al culto de Dios.

Y, en tercer lugar, hay dos democracias políticas que son variantes de la primera: una se da como un régimen definitivo, duradero, estable, siempre perfeccionable y adaptable a las necesidades del país, y la otra que es solo una etapa hacia el comunismo. Entonces, *¡caveant consultes!*, para que la democracia, que en Chile tanto se anhela, no se transforme en una corta etapa hacia el comunismo, como ya ha ocurrido desgraciadamente en tantos países. Y, en esta lucha por una «democracia protegida» contra el comunismo, se puede contar solo con sus propias fuerzas y con la protección de la Virgen María.